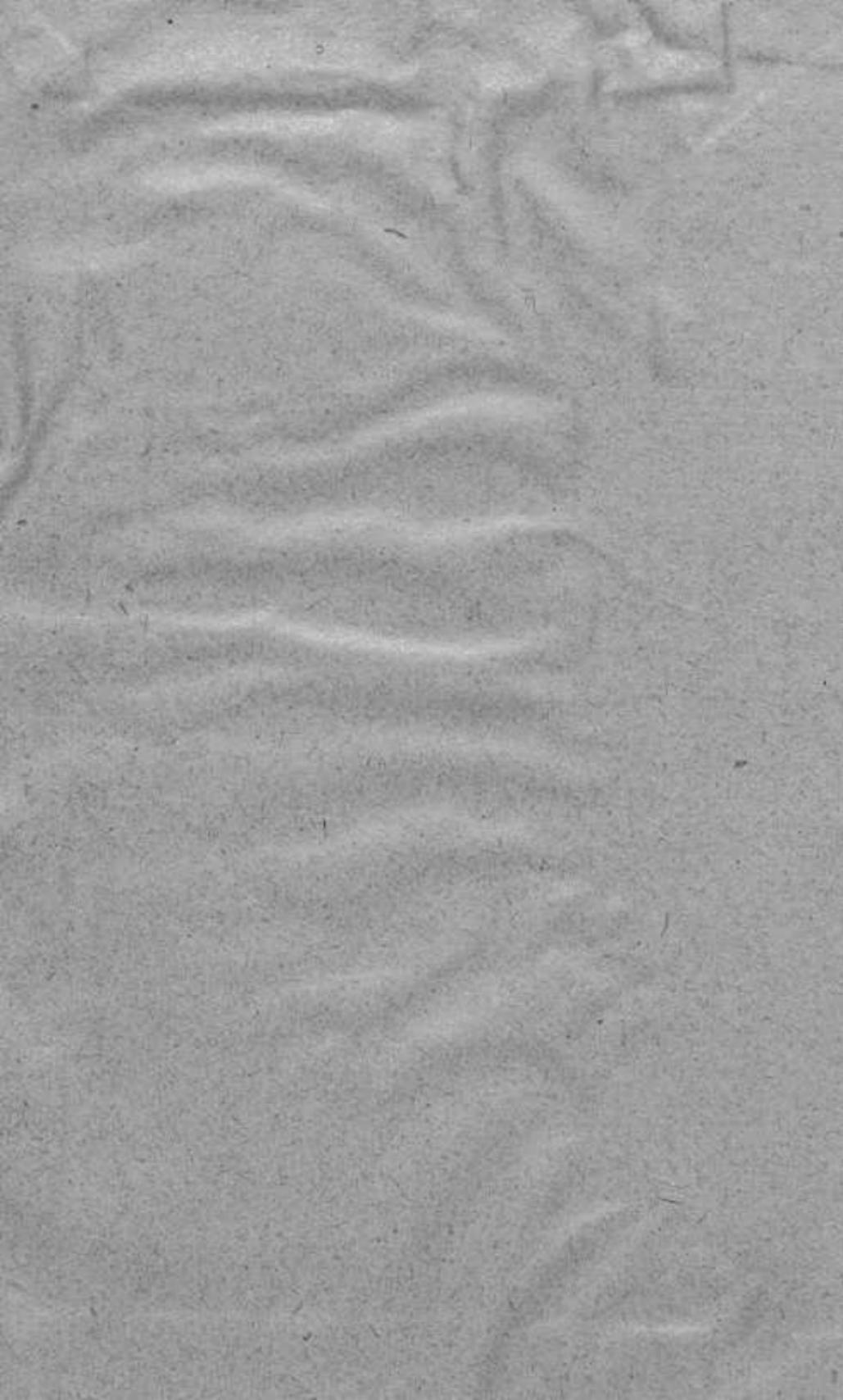


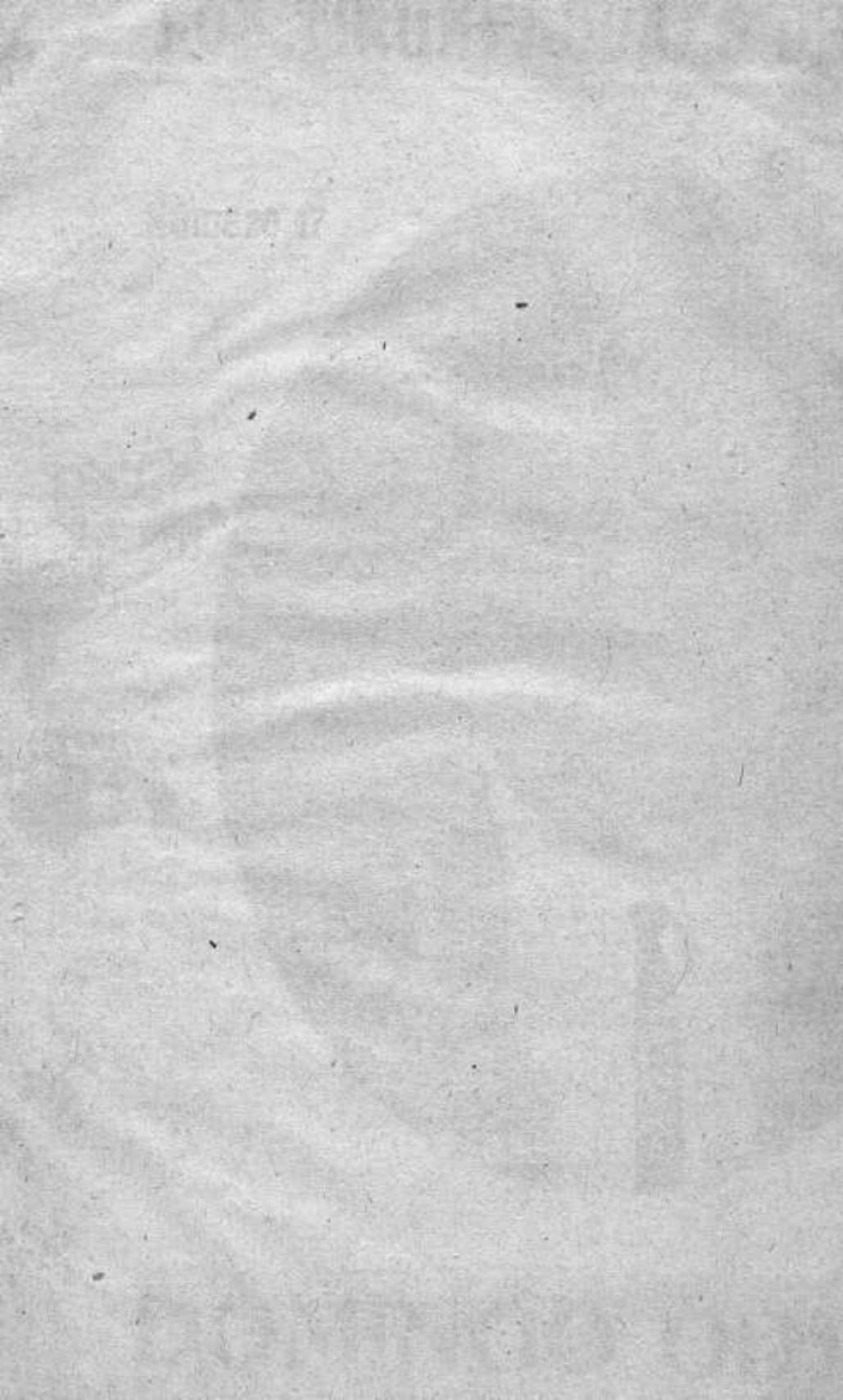
ORTE RAMOS

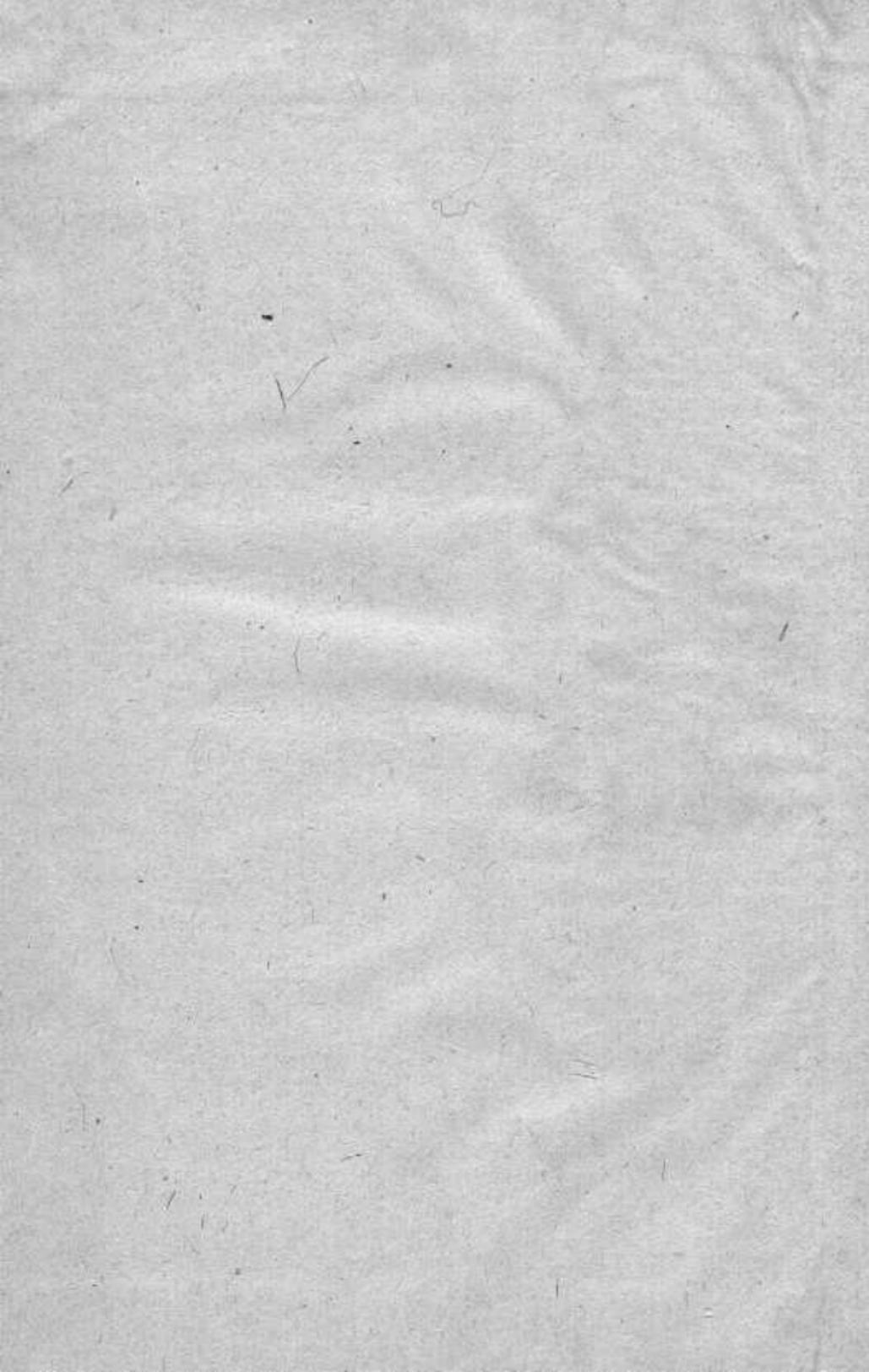


DOMINGO ORTEGA









LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

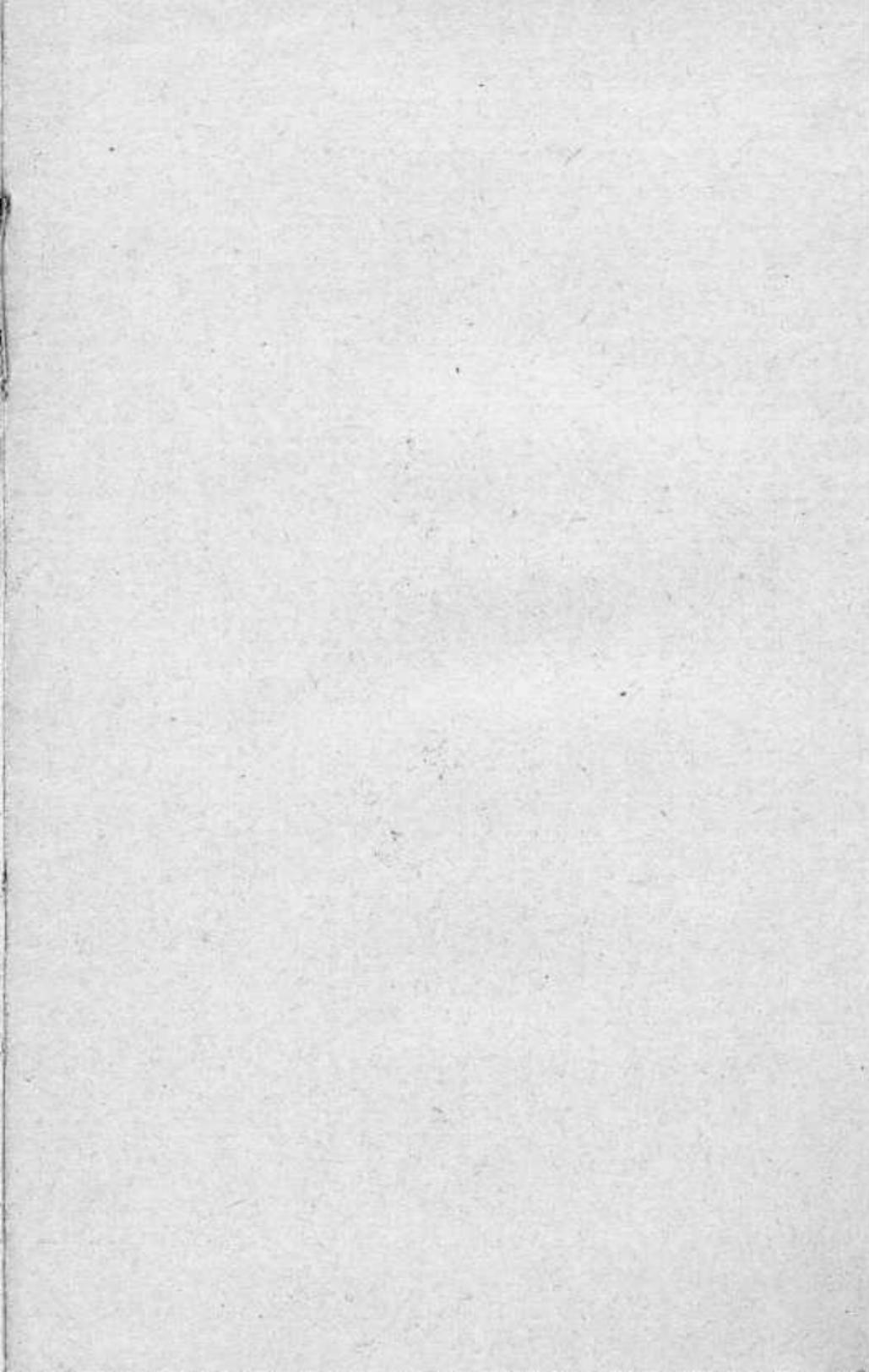
Número 17

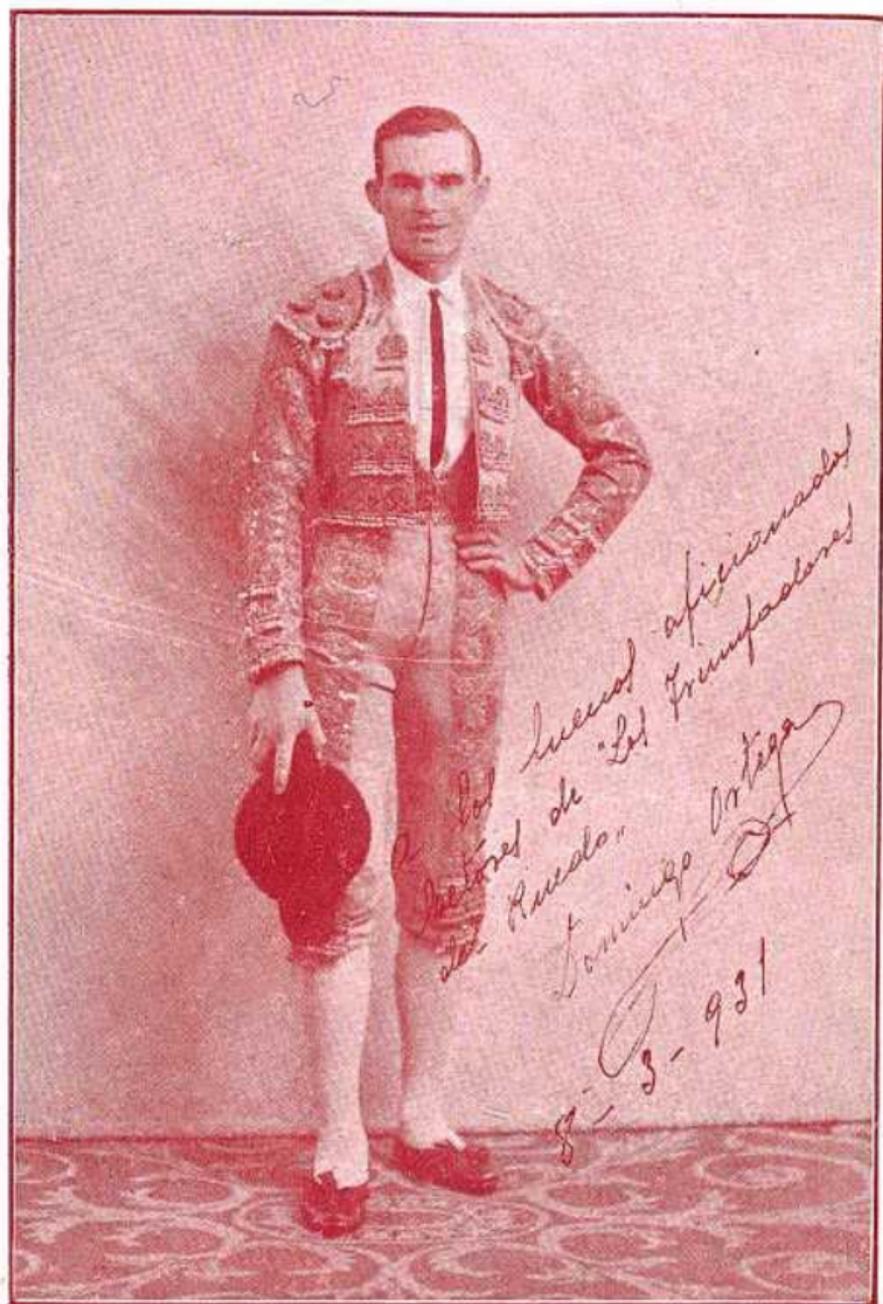


30 cts.

DOMINGO ORTEGA







DOMINGO ORTEGA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

VALENCIA, 234 - BARCELONA - APARTADO 707

LOS TRIUNFADORES DEL RUEDO

Domingo Ortega

≡≡≡ **EL TRIUNFADOR** ≡≡≡

POR _____

Antonio Orts-Ramos



BARCELONA 1931

CENTROS DE REPARTO:

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA

Calle Barbará, 16

BARCELONA

Calle Caños, 1

MADRID



A mi hermano Edmundo

NI SIQUIERA DOS PALABRAS

Y no necesito más, para declarar mi orteguismo. Vea el lector, si no:

En mi geografía espiritual, Toledo es Tòrredo. He trocado la *l* en *r*, para que el arrastre eufónico de esa letra prestigie la atonía de la *r* líquida del Greco y haga cantar a la suave de Cervantes. Pues para mí las letras inferiores sin cometido recio, agrupadas en derredor de una hazaña, de un pueblo o de un hombre para designaros, me son antipáticas.

Si algo hay que me desconcierte son esas dos "*zedas*" tartajosas, con que el pueblo más valiente de la tierra ha mixtificado su verdadero nombre. Porque Zaragoza, no pudo ser nunca el nombre de la ciudad del Ebro. Zaragoza debió llamarse Rago, y algún legendario tartamudo le agregaría ese par de "*zedas*", como para atenuar la valentía de su primitivo nombre.

¿Cómo, pues, iba a gustarme un torero ape-

llidado Ortega? Y, cómo no iba a marcharse mi imaginación tras el *orte* de las dos primeras sílabas, para formar el *ortera* que tan banalmente puede derribar el más grande prestigio?

Pero después de verle torear salvé la antipatía del apellido y me ganó la simpatía y modestia del hombre, y, para ser consecuente con mi teoría, le llamo desde entonces Rortega. ¿Se puede dar una opinión más contundente?

Por mi parte creo que con esta basta. Pues afiliarse con una denominación única un modo de torear ligándolo íntimamente a nosotros con un nombre exclusivo, eso solamente se lleva a cabo con lo que plenamente nos satisface. Como por ejemplo: a mi pluma fuente yo le llamo "la sufrida" a mi bastón "el moreno" y a mi torero Rortega. Y, como a mi pluma o mi bastón, que en cuanto no me sirven los arrincono, el día que mi torero no me plazca no iré a verle y romperé este folleto.

FELIPE II Y ORTEGA

Felipe II, bastardeó Castilla. Ortegas y Pérez pueden haber muchos en la meseta castellana que lleven en sus sangres, sangre de los Austrias. ¡Cuántos Pérez, que Antonio Pérez, el secretario del Rey taciturno y fosco, tuvo que reconocer, fueron engendrados por su señor! ¿Y, con cuántos Ortegas apencó el famoso prestamista judío Moisés Ortega? ¡Dios lo sabe!

Pero, mirando fijamente al torero Domingo Ortega, pronto se ve entre las aguas castañas de sus ojos, que no es el agro lo más profundo de su alma. Con la esteva juega el cetro. Y, si no, ¿cómo con su palabra torpe y desmañada podría imponer respeto? Y lo impone. Estando junto a él, sentís el escalofrío de que os mandara a remar a galeras, en cuanto se le antoje. Y ese es su verdadero origen. El descende de hombres que quisieron porque pudieron. La selección es una ley en las bestias y en los hombres. Por eso mi republicanismo no convence a nadie y mi afición a los toros parece *pose*.



El fenómeno, saludando a sus admiradores.

LA MENTIRA DE ORTEGA

Dice que ha nacido en Boróx. Eso es mentira. No; Ortega no es de Boróx. Los hombres definitivos y simbólicos son del mundo y casi... casi no tienen biografía.

¿Empezó a torear el 16 de Agosto de 1928?
 ¿Y qué? Acaso para un torero como él pueden haber fechas. Lo único interesante es que empezó a torear. Y esto, sí es verdad. Empezó a torear, es decir empezó él, sin maestros, sin afanes, sin deseos de gloria, sin siquiera ver en el toro una fiera, empezó a torear como el sol nace o se pone, naturalmente, sin imaginarse y hasta deseando que *aquello* no fuese una cosa notable.

EL CADAVERISMO DE ORTEGA

Lo primero que llama la atención en este torero es su parecido con la muerte. El cadaverismo de la cara de Ortega es algo tan consubstancial con su toreo que, únicamente fijándose bien en ella, se puede conjetu-

rar sobre su arte. Su sonrisa, es la mueca escéptica y fatal de la descarnada. Y, como ella, lo que éste artista realiza es absoluto, definitivo, sin enmienda ni imitación. Su arte es una verdad mucho más exacta que cualquiera ciencia humana, puesto que es mortal. Y, por eso, las multitudes se entusiasman al ver la muerte luchando consigo misma, es decir a Ortega, pues esperan que mientras él la entretiene en el ruedo, se olvidará que en los tendidos hay gente ya en sazón para ponerlos esos puntos suspensivos que terminan con la admiración de un hoyo y unas paletadas de tierra.

EL FUEGO DE ORTEGA

¿Quién no admira el fuego? Y ¿quién no le teme? Y ¿quién no desea verlo en su mano y tentarlo, y, hacerse con él un dije o un alfiler de corbata? ¡Qué bello, eh! Engarrado en platino una brasa roja, incandescente, radiante y, al impertinente que nos molestara con su didactismo, aplicársela a los morros y quemárselos como a un murciélago para que blasfemara.

¡Cómo nos admiraría la gente! ¡Cómo los

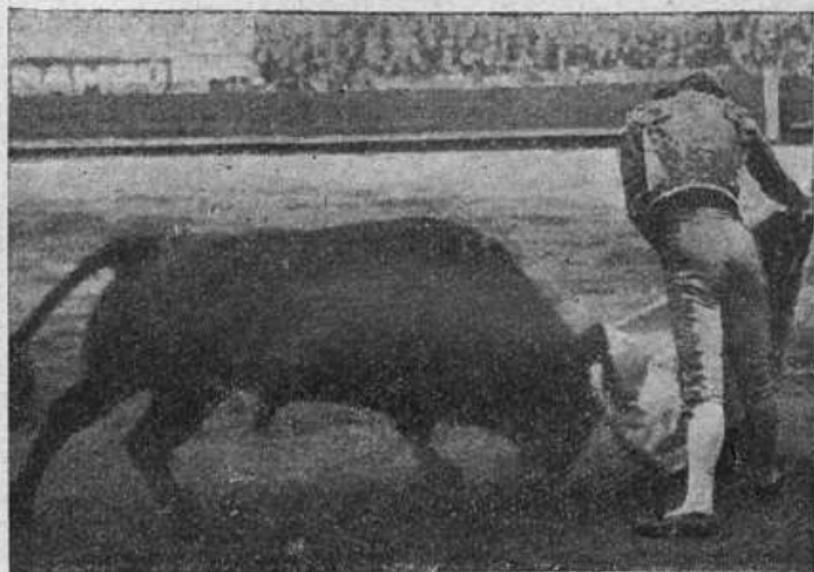
críticos vendrían sonrientes a encender sus puros en la brasa de nuestra sortija, curvándose ante ella como si fuera una amatista pastoral!

Claro que Ortega no lo lleva en el dedo, pero sí dentro de su alma y, esas faenas cumbres que realiza, son los chispazos de la hoguera que lo exalta y consume; y esa admiración que sentimos por él, es la atracción que nos arrastra hacia la fogata de su espíritu. Y, el fuego, todo lo purifica. Hasta la actual afición a los toros .

EL DIBUJO Y ORTEGA

Un amigo mío, pintor eminente, decíame en cierta ocasión que el dibujo tan solo consistía en dar a las líneas la debida inclinación para componer la figura. Pero—añadía—lo difícil es darles la inclinación debida.

Sobre esto pensé yo largo tiempo y acabé dándole la razón a mi amigo el pintor, al leer una y otra vez en las reseñas esa referencia imprescindible a la línea con la que casi todas ellas parece quieran categorizarse y, la línea armónica, la que debidamente inclinada compone la figura, y es dibujo y arte, no se encuentra tan ahina entre los toreros.



En esta verónica por el lado izquierdo, "el ceño juega con la esteva". El ceño manda y la esteva conduce.

Línea vanguardista, línea retorcida y estilizada, línea no definitiva, la crea y la prodiga no importa qué torero. Pero la plástica, la que siendo carne parece mármol, la que no es fugaz y se ajusta a la embestida del toro para hacer arte del que dura, esa no abunda y es un producto de la intuición y no del estudio.

Y este gran intuitivo que es Ortega inclina la línea con tal precisión y tan seriamente, que recuerda la viril y amplia escuela de los pintores españoles antiguos.

La línea de Ortega no es preciosista, ni está

influida por ningún "ismo". Es la misma que los pintores cãstellanos emplearon para hacer obras inmortales y la misma que siguió Castilla desparramándose por todo el mundo para dominarlo.

LA SUPERIORIDAD DEL TORERO

Ya en México pude comprobar la superioridad del condenado a muerte. En Mérida de Yucatan, siendo redactõr del periódico "La República", tuve que pasarme una noche al lado de un pobre muchacho poeta que, arrebatado con sus versos y empujado por su corazón, se enfrentó un día pistola en mano con el cacique que entonces expoliaba el edénico país de los magos. El resultado de su hazaña fué "guindarlo", como dicen por allá.

Y, durante la última noche que se pasó entre nosotros, su superioridad fué notoria. Tan banales le parecían nuestros ofrecimientos de editarle sus versos, de casarnos uno de nosotros con su novia, también poeta, de defender su memoria a todo trance y en todo momento, que, únicamente sonreía. Y su sonrisa me insubordinaba. Y su grandeza ante nosotros era tan potente, que lo envidié.

Esto sucedió hace años y, uno de mis de-

fectos es ser desmemoriado. Pero recuerdo que entonces pude acallar la mala pasión que sentí, explicándome los motivos que aquel casi adolescente tenía para sentirse y ser superior a los que lo rodeábamos.

Pasó el tiempo y me enfrenté de nuevo con los toreros. Su espiritual idea me parecía liviana, frágil y veleidosa. ¡Tontos!—pensaba—. Estos bestiarios incultos y soces figúranse que no existe otra cosa que matar toros. ¡Pobres idiotas! Mas conocí a Ortega y recordé al poeta “guindado” en Mérida, porque este torero también es superior a todo lo que le rodea.

¿En qué estriba esa superioridad?—me preguntaba—. ¿Qué se creía este infeliz que es? ¿El salvador de España? ¿Un superhombre? No. Nada de eso. Ortega, como todos los toreros, son en realidad superiores al resto de los mortales, porque como mi amigo el poeta, están siempre en capilla, y así como los reos desprecian las palabras de consuelo de los Hermanos de la Paz y Caridad, ellos desprecian la batahola de adjetivos y elogios de los que llenan los tendidos probablemente para verlos morir. Y el hombre que va cara a la muerte siempre es “superior” al que le vuelve la espalda y observa cobardemente cómo mueren los toros.

LA PALETA DE ORTEGA

No es de pintor como ha dicho el decano (¿?) de los "taurinos" en un libro reciente que recuerda la anécdota del "Mercader de Venecia". La paleta de Ortega, es llana de albañil. No es en la que disponen los colores los que pintan, la que usa el torero de Borox. Además que para pintar se necesita también el tiento. Y hasta para escribir. Pero se conoce que al escritor de marcas lo ha perdido.

La paleta de Ortega edifica, y cuando la obra se levanta erguida y, asentada segura sobre sus cimientos, van los pintores de la crítica taurina, a tanto línea, y la embadurnan con los chafarriones de su garrubenia. Y, aunque no se les paga para "eso", ellos hacen "eso" porque no saben hacer otra cosa. Tan caro sería que lo hicieran bien como que Ortega to-rease mal.

LA AFICION DE ORTEGA

No la tiene. Y, con una intuición asombrosa me pregunto:

—Afición no es lo definitivo, ¿verdad?
¿Hay algo más grande, verdad?



“Como que Ortega torea mal”... se puede apreciar en este afiligranado adorno.

Y luego me repregunta, casi sonrojándose:

—¿Para vivir se necesita afición?

—Verá usted, Ortega — le digo despaciosamente para que el alma se le encaje de nuevo en el cuerpo—, usted es una cosa *seria*, seriamente nacida. Y a las cosas tan serias como usted, hay que tratarlas con la verdad. No, señor; para vivir lo único indispensable es haber nacido, luego todo lo demás es algo irremediable.

—Pues eso me sucede a mí con los toros; es algo irremediable; voy hacia ellos porque

sí, empujado por algo muy superior a mí, que ni siquiera puedo contener.

—Arte quizá—indago.

—Si el arte es una aspiración muy grande y muy noble de expresar todo lo que siento, arte es lo que me hace *ir* a los toros, si no, no.

Dominguín interviene

—Pero oye, Orts—me dice el viejo amigo—¿es que tú no escarmientas?

—¡Yo! ¿De qué?

—De eso del arte.

—¿Acaso has escarmentado tú?

—Hombre yo....

—Tú, sí. Tú que andas por todos los poblachos corriendo aspeado a ver a que maleta consigues atraparle en una capea ligando dos naturales para brindarle protección. O, ¿es qué crees que no conozco tus correrías?

—Pero lo mío es distinto.

—No lo sabía.

—Sí, hombre, lo mío—duda haciendo gestos.

—¡Cuidado que eres *fantasioso!* Y todo por no decirme que *eso del arte*, te lleva de cabeza como a mí.

—Si usted viera cómo se emociona cuando estoy bien.

—Y si supieras que mi emoción no es puramente noble—confiesa Dominguíñ.

—¿Pues qué te pasa?—le pregunto.

—Qué sé yo—me dice el extorero de Quismondo sin mirarme francamente a los ojos.

—Mira, Dominguíñ: en nuestro viaje ya hemos doblado el cabo de la Esperanza y demoramos hacia la bahía de la Tranquilidad.

Y Ortega sonriendo, le dice:

—No, si no es eso que tú te crees, sino que cuando lo veo torear me digo: ¿por qué no torearía yo así?

—Tú, toreaste bien.

—Sí, pero, lo que a mí me daba vueltas por la cabeza cuando torea, era torear como torea éste.

—Pues ya que no tú, torea él que quizá sea la encarnación del ideal tuyo.

—Sin quizá—afirma Dominguíñ.

Lo intrascendente

—¿Así que nació usted, Ortega?

—En Boróx, provincia de Toledo.

—¿En el campo?

—Sí, señor, en el campo.

—¿Sus padres serían labradores?

—Desde luego.

—Por allá—dice Dominguíñ—desde que no hay países que conquistar, todos lo somos.

—¿Se acuerda de la fecha de su nacimiento?

—Sí, hombre—detalla Dominguíñ—, el 23 de febrero de 1908.

—No—puntualiza Ortega—, el 25.

—¿Y, ahora tiene usted....?

—¡Pues, cuenta hombre!—me apremia el apoderado del torero.

—Veintitrés años. ¿No es eso?—digo dirigiéndome a Ortega.

—Sí, señor, eso es.

—¿Y cómo empezó en usted la afición?

—Eso es muy difícil que se lo pueda yo decir. Tanto trabajo me costaría contestarle a esa pregunta, como a la de si me acuerdo cómo empecé a caminar. Fijamente, no lo sé.

—¿Habría presenciado alguna corrida?

—Sí, algunas en los pueblos y una que otra en Madrid.

—¿Le parecía fácil ser torero?

—Mucho, y más porque los toros no me asustaban.

—¿Y cómo sabía que no le asustaban?

—Pues porque al lado de donde nosotros vivíamos pastaban los de la ganadería de Veragua y yo me mezclaba entre ellos sin ningún temor.

Ortega espontáneo.

En Almoróx, pueblecito de la provincia de Toledo, la afición irrumpe dos o tres veces al año y llena una placita improvisada que, empresas no menos improvisadas, explotan con toreritos llenos de ilusiones y ganado de poca o ninguna casta.

A estas fiestas acude toda la comarca y a ellas iba también Ortega y en una, por no poder el diestro encargado de matar a los toros cumplir su cometido, el torero de Boróx se lanzó al ruedo y los despachó de modo asombroso.

—¿Cómo fué esa primera hazaña taurina?
—le pregunto.

—Pues muy sencilla. Que el que tenía que matar los toros no pudo y lo hice yo.

—¿Pero así, tan fríamente como me lo cuenta?

—No. Con esa pasioncilla que me entra, cuando soy público.

—¿Pues qué le sucede cuando es público?

—Que quisiera que todos mis compañeros que en aquel momento torear, lo hicieran muy bien.

—¿Eso le satisface?

—Sí, señor, muchísimo.

—Decían que era usted envidioso.

—No, no señor. Yo envidia de *esa* que hace ser malo, nunca la he sentido. Lo que yo quiero es torear bien. Y, si otro torea mejor que yo, pues entonces aprieto y lo expongo todo porque me gusta que me aplaudan.

—Eso está muy bien, Domingo.

—Pero es que me dicen que eso es amor propio—protesta quejoso.

—Y grande—le digo—. Pero sin él quizá no hubiera usted toreado.

—No; yo torear hubiera toreado de cualquier modo. Con amor propio o sin él.

—¿Pero el día en que usted toreó por primera vez, lo sentía?

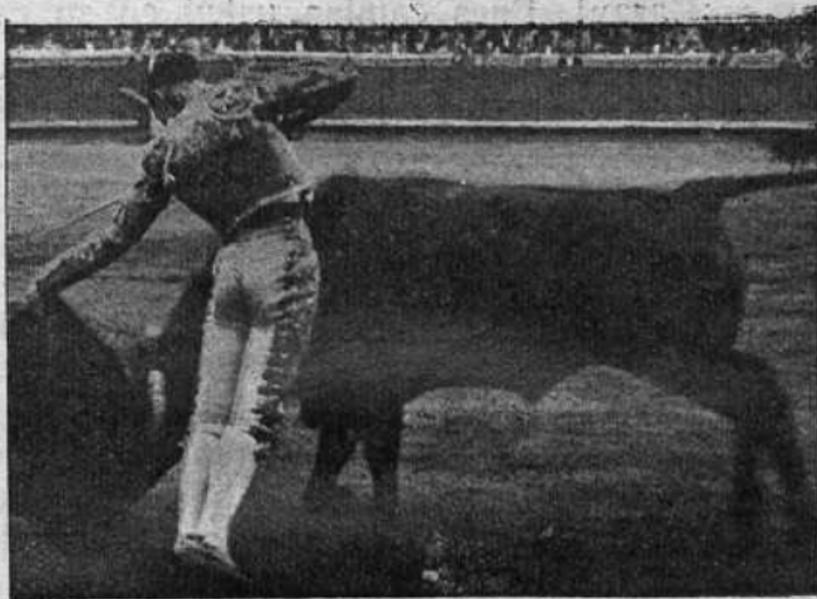
—Más bien lo que sentí aquel día fué rabia. Rabia y unos deseos muy grandes de demostrar a la gente que el que no tiene miedo *con los toros*, lleva mucho adelantado.

—Y por lo visto usted se ha aprovechado de ser valiente para adelantar tanto en tan poco tiempo?

—Sí, señor. No estoy descontento de mis progresos. Porque en total, desde que maté aquellos en Almoróx como espontáneo, hasta hoy, no llevo arriba de veinte corridas toreadas y ya mi nombre suena.

—¿Cómo suena, Domingo? ¡Resuena!

—Sí, me quiere el público—concede.



En este natural, "la línea que es carne parece marmol".

—Le quiere el público y es usted ya famoso.

—En Cenicientos, donde en realidad toree como torero por primera vez, me dijeron que llegaría a serlo.

—Pues los cenicientescos (¿?) tienen buen ojo. Y dígame, ¿cuándo toreó usted en Cenicientos?

—El 25 de agosto de 1928.

—¿O sea nueve días después de tirarse a la plaza de Almoróx?

—Eso es.

—¡Caray! Pues camina usted en su carrera taurina, a cien por hora.

—Y el 30 de aquel mismo mes en mi pueblo.

—¿Todas esas corridas sin caballos, por supuesto?

—Sí, señor, sin caballos. La primera con caballos la toreé en Tetuán el 7 de abril de 1929 con reses de Cobaleda y alternando con Maera y Pérez Soto.

—¿Y Dominguín?—le pregunto al notar que hace rato ha salido de la habitación del hotel en donde se hospeda con su apoderado y, yo hago la entrevista.

—Aquí estoy—dice la voz del descubridor de Ortega—desde un despacho contiguo. Y viniendo hacia nosotros exclama:

—Me he marchado para que pudieras preguntarle como te pareciera y él contestara como le diera la gana.

—Veo que tienes grandes condiciones de periodista—bromeo.

—¿Por qué?—me pregunta el extorero.

—Porque las confesiones y las entrevistas las han de hacer únicamente el que pregunta y el que responde.

—¿En ese caso, sobra ahora Ortega?

—¡No, hombre! Ortega o sus equivalentes, hacen falta en todas las partes.

—¿Y que equivalencia es esa?—me pregunta Dominguín algo escamado.

—¡Pues figúrate! Si los médicos fueran como Ortega, cumplirían su deber curando a la gente, si los abogados hicieran como él, defenderían las causas justas, si los políticos lo imitaran, etc., etc. El es torero y torea bien, a conciencia, sabiendo que hay un público que le da lo que en más aprecio tiene, que es su dinero y su atención y, el muchacho cumple con su deber, no defraudándolo. ¿Te parece poco?

—No. Me parece justo.

—Y justo te parecería también cuando torearas, Dominguí. Me gusta decírtelo, para que veas que no me duele pensar. Tan justo te parecía que cuando creíste que ya no podías cumplir con el público, te marchaste a tu casa.

—Es preferible irse, a que lo echen a uno.

—Y, oye: ¿Cómo descubriste a este brillante?—le pregunto señalando a Ortega.

—Por allá por mi tierra me hablaron de él varias veces. Pero como estábamos en el apogeo de la temporada, mi ajetreo de empresario no me permitía disponer de tiempo para verle torear. Accedí un día, haciendo un verdadero sacrificio y desatendiendo estos intereses míos que hay que cuidar mucho para que honradamente me den lo que necesito para vivir y lo vi torear. Observé que en el muchacho, había instinto, intuición, pero que andaba un poco encogido con los toros. Ha-

blé con él y le recomendé francamente que se soltase, despreocupándose, un poco del *preciosismo* con que todo torero nuevo quiere significarse.

—¿Y usted atendió el consejo?—le pregunto a Ortega.

—Lo atendí, lo seguí, y lo agradecí—me contesta el torero *recreándose* en la contestación como si ligara tres naturales con la izquierda.

—¿Y después?

—Después yo seguí rodando por ahí—me dice Dominguín—tras el pan de cada día y él por placitas y poblachos toreando y aprendiendo a torear...

—Y a ganarme el pan también—insinúa tímidamente el torero.

—Hasta que—continúa su apoderado—lo anuncié como sobresaliente en Aranjuez con Marcial Lalanda y Bienvenida.

—¿Y te gustó?—inquirió.

—Apenas tuvo ocasión de desplegar el capote, pero en un quite que le dejaron hacer los matadores, me persuadí de que éste era un torero—termina señalando a Ortega.

El Debut en Barcelona.

Octubre en Barcelona es un mes extraño, raro, díscolo, de días luminosos y límpidos y de días cenicientos y mugrosos. La afición a los toros, además de la frialdad que le da el haber apurado una temporada hasta el fin con desilusiones, está tan inseguro como el tiempo. Los carteles llamativos y vistosos de las corridas, en esa época del año la molestan. Y ello es natural. Durante siete meses esos mismos carteles la han engañado con sus adjetivos encomiásticos de toreros que, uno a uno, ha visto fracasar. Un engaño que dura siete meses, es capaz de desengañar al más tonto.

Y así estaba el público de Barcelona cuando debutó Ortega: desengañado.

Los sátrapas de la afición achacaban esta frialdad a los toreros. los toreros al ganado y el ganado, como quiera que es una entelequia después de lidiado, sin más realidad que el crédito de su divisa, tuvo que cargar con el fisco de la temporada. Pero no fué toda la culpa de él. Bien se sabe que los ganaderos no pueden satisfacer los deseos de cierto sector taurino mandando corridas gordas—esto del peso dicen los entendidos que

interesa mucho—, bien puestas y con bravura. Por un regular las fieras—excepto las de circo, que ya no lo son, suelen reunir una de estas dos últimas condiciones, nunca o muy raramente la primera, que es específica de los animales domésticos y mansos. Y claro los toros resultaron boyancones cebados como cerdos y estúpidos como mulas.

Flacos, sin que los huesos se les vieran, fueron una o dos corridas de Saltillo—que recuerdo yo—con los músculos duros y tensos como todos los animales salvajes y, bravos, sobre todo bravos, pero con esa bravura fuerte de las fieras que arremete una, dos, tres, cien veces, contra aquello que las hostiga y castiga.

Pues en esas condiciones de desánimo y cansancio encontró Ortega a la afición barcelonesa el día de su debut. Y que cosas no haría el muchacho que, de una corrida de prueba, logró llegar a cuatro no siguiendo toreando otras porque ya estábamos en pleno invierno y escaseaba el ganado y la gente tenía frío.

El día antes de la alternativa

El traje de luces nuevo, cuidadosamente colocado en el respaldo de una silla, es del color apropiado para un novicio: blanco y oro.

Al verlo, pienso que el rojo generoso de la sangre del diestro, puede enpañar la albura de la seda y, el carmesí del entusiasmo y fuego del torero, ribetear el oro que tanto le cuesta ganar. Y, abstraído en estos pensamientos, me he olvidado que estoy en su habitación—que la humareda de los cigarrillos y las discusiones de los aficionados hacen inhabitable—y que yo he venido hoy a verle para saber en qué estado de ánimo se encuentra.

—¿Qué tal va eso, Domingo?—le pregunto.

—Bien y con deseos de saldar la deuda de gratitud que tengo contraída con el público de Barcelona.

—¿Eso quiere decir que mañana armará usted el escándalo?

—Tanto como eso...

—No sería el primero—lo encorajino.

—Claro que no; pero la corrida de mañana pesa más para mí.

—Indudable—asiento—. Mañana es para

usted un día de nervios y emociones que ha de saber dominar.

—Más me preocupa no poder complacer al público, que un toro me dé una cornada.

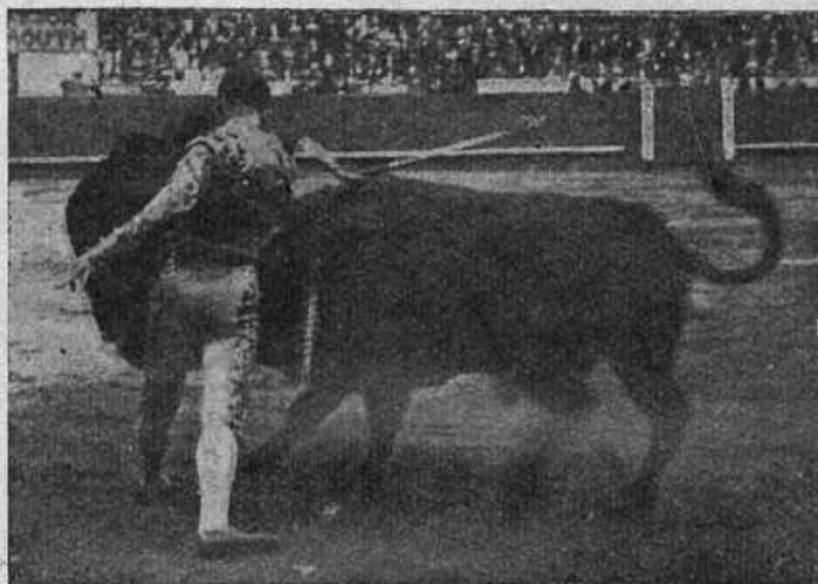
—Ni lo uno ni lo otro debe preocuparle. El público de aquí lo quiere mucho y los toros a usted no le hacen nada. Saben que es usted un buen torero y lo respetan.

—Pero a veces se olvidan—bromea Ortega sonriendo.

Y como la densidad de la atmósfera flamenca que me rodea es tan trivial como necia y descarga su banalidad de vez en cuando con frases estereotipadas de ese estúpido repertorio en el que a la muleta se la llama *flámula*; al capotillo de brega *percal*; a los toros *bureles*; y, a los aficionados como yo *litris*, me despidió del torero para evitar que me dé una congestión de *taurinismo*.

La alternativa

Efectivamente, como el torero había predicho, pudieron más los nervios que él. Pero también los dominó. Y si, el entusiasmo del público no llegó a desbordarse con las faenas que hizo con sus dos toros, no es menos cierto que tardará en olvidar la fecha de su alternativa. Por él y por Barrera que,



“La paleta de Ortega es llana de albañil y edifica y asienta su obra sobre fuertes cimientos”.

con su toreo vistoso y alegre, su arte inteligente y pensado, entusiasmó al público en honor del neófito. Y esta cooperación del gran torero valenciano a realzar el día de su alternativa, Ortega debe agradecerlo y considerarla en lo que vale. Ello representa que uno de los mejores toreros de hoy, le da beligerancia. Y, esa, suele alcanzarse algunos años después del doctorado si se alcanza. Como la cosa lo vale, quede pues estampada la fecha: “8 de marzo de 1931. Alternativa de Domingo López Ortega concedida por Francisco de los Reyes “Gitanillo de

Triana", rubricada por Vicente Barrera y presenciada por veinte mil espectadores en la plaza Monumental de Barcelona. El toro con que se llevó a cabo esta proeza atendía por "Valenciano", era de Albaserrada y ostentaba en sus costillares el número 43."

Anécdotas

No las tiene. La miseria rara vez las guarda. En el luchar continuo del aficionadillo, ríen la peripecia que les sale al paso y siguen el camino mirando hacia adelante sin acordarse de lo que dejan detrás.

Y Ortega, hasta hace un año o dos, era un aficionadillo que, con su ato al hombro de capotes y muletas, rodaba por los poblachos para justificar con su arte la finalidad de las capeas, que no es otra que la de que se emborrache hasta el alcalde y presuma de valiente hasta el cura.

Ahora ya empezará a tenerlas. Y muy bien podría ser una de ellas la del brindis de su



“Y desprecian las palabras de los Hermanos de la Paz y Caridad”, cuando la muerte cruza por su lado en este pase por alto.

segundo toro de la alternativa a una dama con la que no se atrevió a más que a tirarle la montera. El peor rato de la corrida, lo pasó el torero al enfrentarse con aquellos ojos negros, y, de saber quien fué Castelar, hubiera querido tener toda su elocuencia para encomiar la faena que hizo en su honor.

No se apene por ello Ortega. Los toreros lo único que deben hacer bien es torear.

*Las mujeres y Ortega***¡Admonición!**

La hembra, desgraciadamente, pocas veces percibe el alma. Y el alma es un joyel que guarda lo más puro de nuestros sentimientos. Pero, la pureza no es sexualidad ni deja de serlo. Y, a ese ser y no ser, es difícil que las mujeres que tratan al torero puedan llegar.

Para caminar por el espíritu hasta arribar a ese recoveco en que duerme replegado el instinto en los iluminados, se necesita gran precaución y mucho tiento. Cualquiera esquivé puede intimidarles y cualquiera audacia desilusionarlos.

Es cuestión de ternura, pero de ternura mansa, que cante como un regato y entibie como un regazo.

De ellas pues depende la vida del torero Ortega. Como es desgarbado, porque cuan-

do se atiende el alma se descuida el cuerpo, no rían de sus hechuras, pues, entonces el torero se dejaría matar por un toro. Anímenle con sus sonrisas, y, fíjense en él, solamente cuando torea, y con ello la fiesta de los toros les deberá, a más de la alegría que le dan con su presencia, el haber ayudado a conservar para el espectáculo uno de los más grandes toreros de hoy.

F I N

Barcelona 9 de marzo 1931.

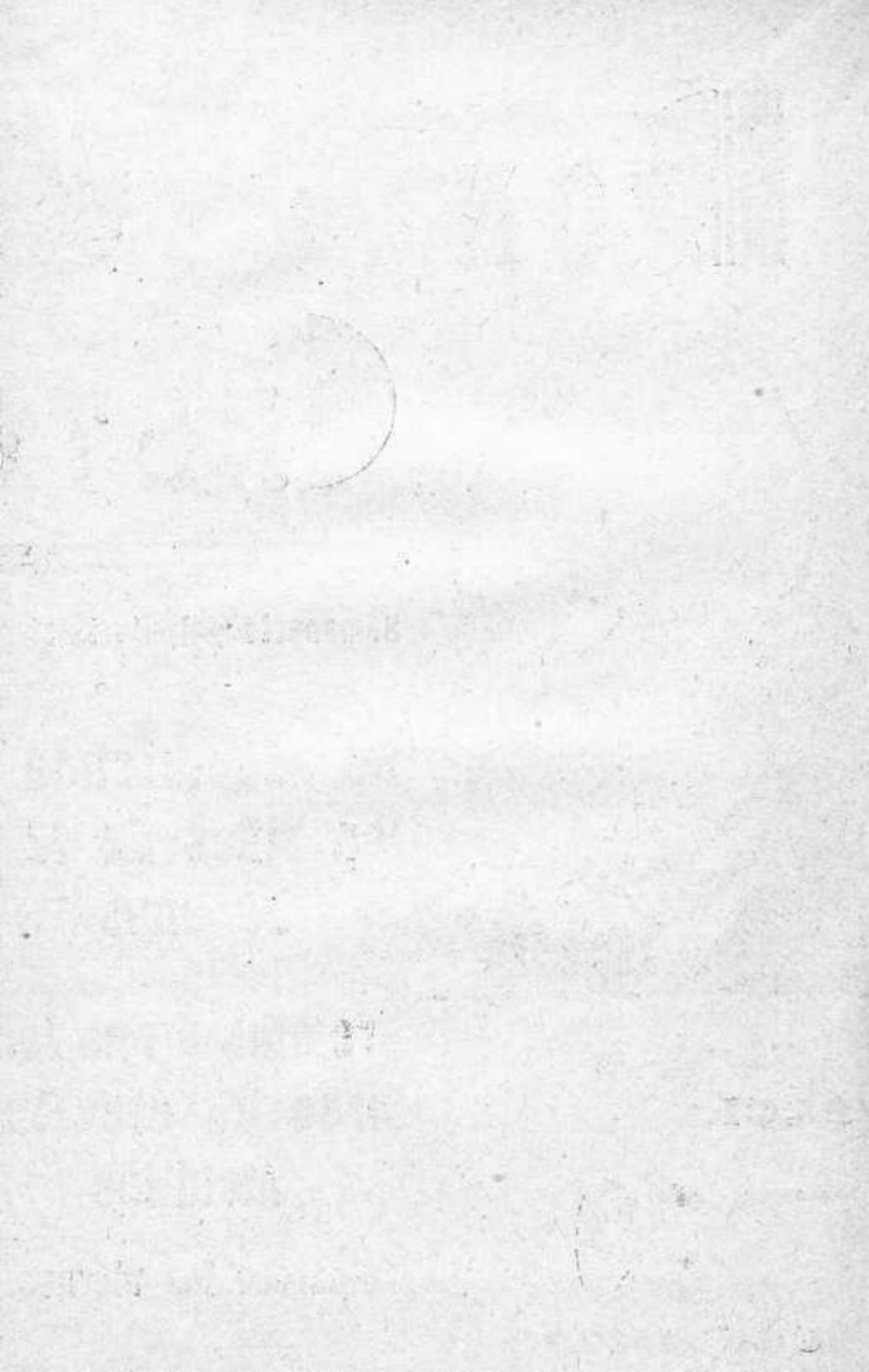
Los Triunfadores del Ruedo

*Biografías documentadas de los diestros de
más nombre*

Volúmenes a 30 céntimos

*En cada libro, exigase la postal firmada por
el torero*

1. MANUEL BAEZ "LITRI"
2. JUAN ANLLO "NACIONAL II".
3. JUAN BELMONTE GARCIA.
4. PABLO LALANDA.
5. BRAULIO LAUSIN "GITANILLO".
6. NICANOR VILLALTA.
7. VALENCIA II.
9. BARAJAS.
10. SANCHEZ MEJIAS.
11. ANTONIO CAÑERO.
12. ANTONIO MARQUEZ.
13. CHICUELO.
14. MARCIAL LALANDA.
15. VICENTE BARRERA.
16. SOLORZANO.



DON



CASTO

Semanario galante ilustrado

Se recomienda a
los niños de 17 a
60 años

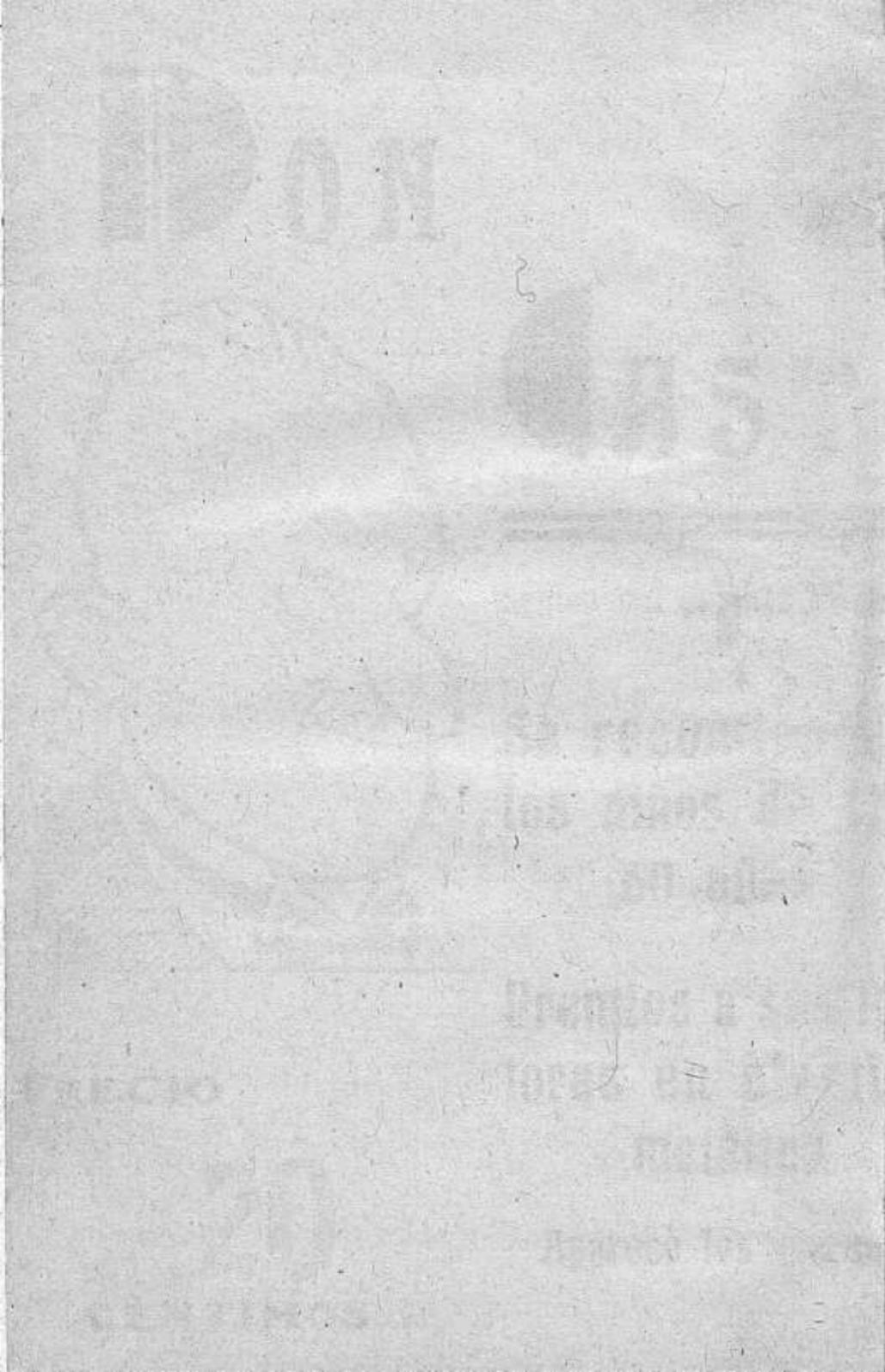
Premios a sus lec-
tores en efectivo
metálico

Aparece los viernes

PRECIO

20

CÈNTIMOS





21796



